



MEMORIAS *del*
CAUTIVERIO *del* ÚLTIMO
TÚPAC AMARU

Juan Bautista Túpac Amaru

Memorias del cautiverio del último Túpac Amaru

ADVERTENCIA

ESTE LIBRO CONTIENE LAS MEMORIAS, ESCRITAS AL FINAL DE SU VIDA, DEL HERMANO MENOR DE JOSÉ GABRIEL CONDORCANQUI, MÁS CONOCIDO COMO TÚPAC AMARU II. AQUÍ SE CUENTAN TODAS LAS TORTURAS Y MALTRATOS RECIBIDOS POR PARTE DE LOS ESPAÑOLES, DE LOS FAMILIARES Y AMIGOS DE LOS TÚPAC AMARU. ES UNA HISTORIA TRÁGICA Y CONMOVEDORA.

*Memorias del
cautiverio del último
Tupac Amaru*



Juan Bautista Tupac Amaru

Índice

<i>Prólogo</i>	9
<i>Rebelión y muerte de José Gabriel</i> <i>Túpac Amaru</i>	11
<i>La captura de Juan Bautista</i> <i>Túpac Amaru</i>	19
<i>De vuelta a la prisión y su cuento</i> <i>traslado a Lima</i>	25
<i>Rumbo al destierro</i>	33
<i>Llegada a Río de Janeiro</i>	39
<i>Presidio en el castillo de San</i> <i>Sebastián</i>	43

<i>Juan Bautista es trasladado a</i>	
<i>Ceuta.....</i>	<i>47</i>
<i>Encuentro con fray Marcos</i>	
<i>Durán Martel.....</i>	<i>55</i>
<i>De regreso a América.....</i>	<i>59</i>

Prólogo

Estando muy cerca de la conmemoración de nuestro Bicentenario de la Independencia, resulta de vital importancia recuperar una de las voces más interesantes de este proceso, que se inició con la insurrección de su propio hermano en noviembre 1780. Se trata entonces de las memorias de Juan Bautista Túpac Amaru, hermano menor de José Gabriel, fruto de la nueva relación de su padre con Ventura Monxarrás.

Si bien es cierto, la participación de Juan Bautista es bastante secundaria dentro del desarrollo de la rebelión, ya que los propios causas criminales que se le siguen no demuestran una mayor participación en la dirección de la misma. Resulta sumamente revelador leer su relato de los padecimientos sufridos de todas las personas procesadas por el alzamiento ya que demuestran el ensañamiento que hubo contra todos los familiares y amigos de la familia Túpac Amaru.

Su testimonio es desgarrador de principio a fin. Demuestra con absoluta claridad la sangrienta represión desplegada por la corona española contra la más

importante sublevación del siglo XVIII, que hizo temblar los cimientos del estado colonial americano. Y que constituye, sin lugar a dudas, el primer grito de independencia de todo el continente.

Por ello, la consulta de este libro es de vital importancia para todos los que quieran comprender a cabalidad el inicio del proceso de independencia americano de la corona española.

Héctor Huerto Viscaya
Editor

Rebelión y muerte de José Gabriel Tupac Amaru

A los 80 años de edad, y después de 40 de prisión por la causa de la Independencia, me hallo trasportado de los abismos de la servidumbre a la atmósfera de la libertad, y por un nuevo aliento que me inspira, animado a mostrarme a esta generacion, como una víctima del despotismo que ha sobrevivido a sus golpes, para asombro de la humanidad, y para poderle revelar el secreto de mi existencia como un exquisito y feroz artificio que se transmitían los tiranos para tener el placer de amargarla. Tres reyes españoles se han complacido igualmente en verme arrastrar una existencia degradada y humilde; ya se había perdido la tradicion del motivo de mis cadenas, y hasta las instituciones casi todas se hallaban alteradas por la acción del tiempo y la distinta sucesión de monarcas, y solo yo era conservado sin libertad para su recreo. Este ejemplo de la ferocidad de los reyes habría quedado oculto entre tantos que el peso de su poder sofoca, si la conflagración universal con que la humanidad hace temblar sus tronos, no hubiera disminuído el poder del que actualmente reina en

España. A este movimiento de la naturaleza debo una libertad, que jamás hubiera adquirido de otra manera; a los hombres que animan esta nueva marcha del mundo mi gratitud y los más vivos deseos porque terminen la obra de las luces; y a todos, la historia de mis sufrimientos.

La debilidad de mis órganos no me permitirá hacerla interesante ni por la belleza de imágenes, ni por la reminiscencia de lo más interesante; pero no creo que sea indiferente mi asunto cuando todo el mundo se conmueve contra los tiranos. En una serie de cuarenta años de opresión, cualesquiera que sean los recuerdos de mi sensibilidad y memoria, formarán, creo, un cuadro bien singular de la ferocidad española.

La provincia del Cuzco, antigua capital del Imperio de los Incas, gemía desde el tiempo de la conquista bajo del yugo tan duro como impuesto por la mortandad de 14 millones de indios, y por la acción de los horrores espantosos que refiere diminutamente la historia de aquellos tiempos. Los naturales en el año de 80 se hallaban (actualmente están) reducidos a una esclavitud semejante y aun peor que la de los ilotas y de los mismos africanos de quienes son frecuentemente maltratados; pagaban un tributo personal muy superior al producto de su trabajo; disminuían, para llenarlo, su alimento hasta un punto increíble; explotaban las minas llenos de hambre y miserias, y dos tercios de los que forzosamente eran destinados cada dos años,

y que ascienden a 6 o 7 mil indios, perecían víctimas de la dureza de sus ocupaciones. Sus jueces, regularmente españoles bárbaros y llenos de codicia, tenían la arbitrariedad que daba la distancia de la Metrópoli, la inutilidad del código español, la inmoralidad, la ignorancia, y el deseo de hacer riquezas por las vías de la autoridad, que era el principal móvil de todas sus acciones. Todos los recursos que la asociación, la más imperfecta tiene para los oprimidos, se hallaban cerrados a los indios; reinaba una colusión secreta y bien observada bajo la garantía del oro y la plata entre los magistrados de América y la Corte Española, que no dejaba al indio más apelación que la de un sufrimiento preternatural, o las tentativas de un sacudimiento.

Nunca se expresarán, sino diminutamente, los motivos que hacían esta disposición nacional, y que se añadían diariamente al odio tradicionalmente impreso por la usurpación y horrores de la conquista. En este estado, ya muy violento, mandó Carlos III el año de 80 a un comisionado llamado Areche, con el título de Visitador, a establecer los estancos, aduanas, impuestos sobre ventas y etc. en todo el Perú. Estas medidas de la rapacidad española, dando un campo abierto al desarrollo de su codicia, colmaron la desesperación de los indígenas, y mi hermano se puso a la cabeza de 25 mil indios, el día 4 de octubre de 1780, para dirigir este santo movimiento de insurrección con que la naturaleza empieza por todas partes la regeneración de

los hombres, y presagia por sus sucesos la felicidad del mundo.

Pero no siempre es dado a la justicia el triunfo de su causa, y aunque peleaban los indios con valor admirable contra sus opresores, no teniendo el arte de matar el mayor número de hombres en el menor tiempo posible; como habían heredado de sus padres la justicia, la frugalidad, la dulzura de carácter y el amor al trabajo y a sus semejantes, su virtud y sus derechos se encontraron sin defensa; tenían, sin duda, toda la resolución de Scévola, y toda la virtud de Sócrates, y no obstante, tan desgraciados como ellos, cayeron bajo del poder y venganza de sus enemigos, que nada dejaron por sacrificar a sus viles pasiones: mataron familias por centenares sin consideración a edad, ni sexo; el terror se apoderó de todos los espíritus, y aprovechando de este sentimiento, siempre envilecedor, consiguieron la entrega páfida de mi hermano por un compadre suyo en el pueblo de Langui.

Entonces estos tigres aguzaron sus garras y nada omitieron de feroz para hacer exquisita su presa; conducido al Cuzco con su esposa Doña Micaela Bastidas, sus hijos Fernando e Hipólito, su cuñado Antonio Bastidas, y otros deudos, el Visitador Areche lo mandó comparecer cargado de cadenas, y con toda fiereza y orgullo de déspota le pregunta por sus complicés, a que contestando no conocerlos de vista, mandó reunir todos los vecinos decentes y se los presentó en línea para

que de entre ellos señalase a quiénes conocía cómplices; entonces con un noble desprecio le dice: «aquí no hay más cómplices, que tú y yo; tú, por opresor, y yo, por libertador, merecemos la muerte».

El precio de esta contestación la sentirán las almas que saben odiar cuanto es debido a los déspotas; ella es una verdad conocida de los filósofos, porque saben bien que en un país despotizado sólo el déspota es criminal; que el hombre esclavizado se halla en un estado contra la naturaleza, y que el tirano ha hecho degenerar a ésta en su daño, convirtiendo contra él todos los seres destinados por aquélla a su mejora y engrandecimiento. Que la madre, dándole las primeras lecciones de la obediencia ciega, el vecino seduciéndolo con su ejemplo, sus superiores obligándolo a seguirlo, sus iguales arrastrándolo con su opinión, que todos han cooperado a labrar sus cadenas.

¡Fatal influjo el de la tiranía! Ella hace obrar a todos sus súbditos con mutuos esfuerzos para oprimirse, y los mantiene en una especie de guerra para hacer legítimos sus robos y sus asesinatos; y así, en él los crímenes como la sangre de sus venas parten de su corazón para volver a él, y de todos solo el déspota es la fuente primitiva. Esta verdad proferida en medio de las cadenas de donde sólo esperaba Areche la humillación, lo irrita, y al imponente aspecto de una alma tan elevada como fuerte, teme su codicia española la pérdida de la presa más costosa a la humanidad, la América;

y para conservarla toma la resolución de sus padres, y como ellos derramar la sangre de los indios por torrentes con igual desprecio, y ferocidad; fulmina decretos de muerte contra mi hermano y su familia, que se ejecutan con suplicios horribles y varios. La esposa de mi hermano sufrió la muerte en una guillotina; su hijo Fernando, de 16 años de edad, su cuñado Antonio Bastidas, con otros más deudos, la recibieron en la horca, todo se mandó presenciar por mi hermano igualmente atormentado por este espectáculo que por el concurso numeroso de esclavos, que tranquilos espectadores y obedientes pasivos daban a aquel acto una solemnidad de triunfo.

Y todo esto era sólo el preludio de lo que se preparaba; la saña española llegó á concebir suspenderlo hasta cierta altura más o menos elevada, y soltarlo para bajo de su propia gravedad sufriese fracciones en los huesos, contusiones, y todo el estrago posible en el cuerpo; tres días lo tuvieron en la repetición sucesiva de esta invención de su ferocidad, complaciéndose de sus estragos y preguntándole por sus cómplices y su dinero; sus respuestas filosóficas y la firmeza con que las vertía en medio de los mayores tormentos, les hizo ver una alma elevada y superior a los alcances de su barbarie; irritados de no poder sacar ninguna confesión que halagase su codicia, o que multiplicase sus víctimas, mandaron sacarle la lengua, que había sabido callar

con tanto heroísmo y sólo pronunciar verdades amargas que la adulación y los esclavos jamás les hicieron oír: todavía fué más allí su crueldad; para no perder unos cortos restos de existencias que todavía mostraba mi hermano José Gabriel, le hicieron atar pies y manos a cuatro caballos para que fuese dividido en otras tantas partes, y no habiendo conseguido de este modo, el verdugo lo verificó, y mostró así que un esclavo es el mejor instrumento contra sus semejantes, y que puede disputar a las fieras la destreza de devorarlos.

